

ese duro corazon , muévale el pensar y creer , que apénas se habrá vuestra merced apartado de aquí , quando yo de miedo dé mi ánima á quien quisiere llevarla : yo salí de mi tierra y dexé hijos y muger por venir á servir á vuestra merced , creyendo valer mas , y no ménos ; pero como la cudicia rompe el saco , á mí me ha rasgado mis esperanzas , pues quando mas vivas las tenia de alcanzar aquella negra y mal hadada Ínsula que tantas veces vuestra merced me ha prometido , veo que en pago y trueco della me quiere ahora dexar en un lugar tan apartado del trato humano : por un solo Dios , señor mio , que non se me faga tal desaguisado , y ya que del todo no quiera vuestra merced desistir de acometer este fecho , dilátelo aloménos hasta la mañana , que á lo que á mí me muestra la ciencia que aprendí quando era pastor , no debe de haber desde aquí al alba tres horas , porque la boca de la bocina está encima de la cabeza , y hace la media noche en la linea del brazo izquierdo. ¿ Como puedes tú , Sancho , dixo Don Quixote , ver donde hace esa linea , ni donde está esa boca ó ese colodrillo que dices , si hace la noche tan escura que no parece en todo el cielo estrella alguna ? Así es , dixo Sancho , pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debaxo de tierra , quanto mas encima en el cielo , puesto que por buen discurso bien se puede entender que hay poco de aquí al dia. Falte lo que faltare , respondió Don Quixote , que no se ha de decir por mí ahora ni en ningun tiempo , que lágrimas y ruegos me apartáron de hacer lo que debia á estilo de caballero : y así te ruego , Sancho , que calles , que Dios que me ha puesto en corazon de acometer ahora esta tan

no vista y tan temerosa aventura tendrá cuidado de mirar por mi salud, y de consolar tu tristeza: lo que has de hacer es apretar bien las cinchas á Rocinante y quedarte aquí, que yo daré la vuelta presto, ó vivo ó muerto. Viendo pues Sancho la última resolución de su amo, y quan poco valian con él sus lágrimas, consejos y ruegos, determinó de aprovecharse de su industria, y hacerle esperar hasta el día si pudiese, y así, quando apretaba las cinchas al caballo, bonitamente y sin ser sentido ató con el cabestro de su asno ambos pies á Rocinante, de manera que quando Don Quixote se quiso partir, no pudo porque el caballo no se podia mover sino á saltos. Viendo Sancho Panza el buen suceso de su embuste, dixo: ea señor, que el cielo conmovido de mis lágrimas y plegarias, ha ordenado que no se pueda mover Rocinante, y si vos quereis porfiar y espolear y dalle, será enojár á la fortuna, y dar coces, como dicen, contra el aguijon. Desesperábase con esto Don Quixote, y por mas que ponía las piernas al caballo, ménos le podia mover, y sin caer en la cuenta de la ligadura, tuvo por bien de sosegarse y esperar, ó á que amaneciese, ó á que Rocinante se menease, creyendo sin dudã que aquello venia de otra parte que de la industria de Sancho, y así le dixo: pues así es, Sancho, que Rocinante no puede moverse, yo soy contento de esperar á que ría el alba, aunque yo llore lo que ella tardare en venir. No hay que llorar, respondió Sancho, que yo entretendré á vuestra merced contando cuentos desde aquí al día, si ya no es que se quiere apearse, y echarse á dormir un poco sobre la verde yerba á uso de caballeros andantes, para hallarse mas descansado quando llegue el día y punto de aco-

meter esta tan desemejable aventura que le espera. ¿Á que llamas apear, ó á que dormir? dixo Don Quixote ¿soy yo por ventura de aquellos caballeros que toman reposo en los peligros? duerme tú, que naciste para dormir, ó haz lo que quisieres, que yo haré lo que viere que mas viene con mi pretension. No se enoje vuestra merced, señor mio, respondió Sancho, que no lo dixere por tanto, y llegándose á él, puso la una mano en el arzon delantero, y la otra en el otro, de modo que quedó abrazado con el muslo izquierdo de su amo, sin osarse apartar dél un dedo: tal era el miedo que tenia á los golpes, que todavía alternativamente sonaban. Díxole Don Quixote que contase algun cuento para entretenerle como se lo habia prometido: á lo qual Sancho dixo, que sí hiciera, si le dexara el temor de lo que oia; pero con todo eso yo me esforzaré á decir una historia, que si la acierto á contar y no me van á la mano es la mejor de las historias, y estéme vuestra merced atento que ya comienzo: érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere á buscar, y advierta vuestra merced, señor mio, que el principio que los antiguos diéron á sus consejas, no fué así como quiera, que fué una sentencia de Caton Zonzorino Romano que dice: *y el mal para quien lo fuere á buscar*, que viene aquí como anillo al dedo, para que vuestra merced se esté quedo, y no vaya á buscar el mal á ninguna parte, sino que nos volvamos por otro camino, pues nadie nos fuerza á que sigamos este, donde tantos miedos nos sobresaltan. Sigue tu cuento, Sancho, dixo Don Quixote, y del camino que hemos de seguir déxame á mí el cuidado. Digo pues, prosiguió Sancho, que en un Lugar de

Estremadura habia un pastor cabrerizo , quiero decir , que guardaba cabras , el qual pastor ó cabrerizo , como digo de mi cuento , se llamaba Lope Ruiz , y este Lope Ruiz andaba enamorado de una pastora , que se llamaba Torralva , la qual pastora llamada Torralva era hija de un ganadero rico , y este ganadero rico..... Si desá manera cuentas tu cuento , Sancho , dixo Don Quixote , repitiendo dos veces lo que vas diciendo , no acabarás en dos dias : dilo seguidamente , y cuéntalo como hombre de entendimiento , y si no no digas nada. De la misma manera que yo lo cuento , respondió Sancho , se cuentan en mi tierra todas las consejas , y yo no sé contarlo de otra , ni es bien que vuestra merced me pida que haga usos nuevos. Dí como quisieres , respondió Don Quixote , que pues la suerte quiere que no pueda dexar de escucharte , prosigue. Así que , señor mio de mi ánima , prosiguió Sancho , que como ya tengo dicho , este pastor andaba enamorado de Torralva la pastora , que era una moza rolliza , zahareña , y tiraba algo á hombruna , porque tenia unos pocos vigotes , que parece que ahora la veo. ¿Luego conocístela tú? dixo Don Quixote. No la conocí yo , respondió Sancho , pero quien me contó este cuento , me dixo que era tan cierto y verdadero que podia bien quando lo contase á otro afirmar y jurar que lo habia visto todo : así que , yendo dias y viniendo dias , el diablo que no duerme y que todo lo añasca hizo de manera , que el amor que el pastor tenia á su pastora se volviese en omecillo y mala voluntad : y la causa fué segun malas lenguas una cierta cantidad de zelillos que ella le dió , tales que pasaban de la raya , y llegaban á lo vedado , y fué tanto lo que el pastor la aborreció de allí

adelante , que por no verla se quiso ausentar de aquella tierra , é irse donde sus ojos no la vieses jamas : la Torralva , que se vió desdeñada del Lope , luego le quiso bien mas que nunca le habia querido. Esa es natural condicion de mugeres , dixo Don Quixote , desdeñar á quien las quiere , y amar á quien las aborrece : pasa adelante , Sancho. Sucedió , dixo Sancho , que el pastor puso por obra su determinacion , y antecogiendo sus cabras , se encaminó por los campos de Estremadura para pasarse á los Reynos de Portugal : la Torralva que lo supo se fué tras él , y seguiale á pie y descalza desde léxos con un bordon en la mano y con unas alforjas al cuello , donde llevaba , segun es fama , un pedazo de espejo , y otro de un peyne , y no sé que botecillo de mudas para la cara ; mas llevase lo que llevase , que yo no me quiero meter ahora en averiguallo , solo diré , que dicen que el pastor llegó con su ganado á pasar el rio Guadiana , y en aquella sazón iba crecido y casi fuera de madre , y por la parte que llegó no habia barca ni barco , ni quien le pasase á él ni á su ganado de la otra parte , de lo que se congojó mucho , porque veia que la Torralva venia ya muy cerca , y le habia de dar mucha pesadumbre con sus ruegos y lágrimas ; mas tanto anduvo mirando , que vió un pescador que tenia junto á sí un barco tan pequeño , que solamente podian caber en él una persona y una cabra , y con todo esto le habló y concertó con él , que le pasase á él y á trecientas cabras que llevaba : entró el pescador en el barco y pasó una cabra , volvió y pasó otra , tornó á volver y tornó á pasar otra : tenga vuestra merced cuenta en las cabras que el pescador va pasando , porque si se pierde una de la memoria , se acabará el

cuento , y no será posible contar mas palabra dél : sigo pues y digo , que el desembarcadero de la otra parte estaba lleno de cieno y resbaloso , y tardaba el pescador mucho tiempo en ir y volver : con todo esto volvió por otra cabra , y otra y otra. Haz cuenta que las pasó todas , dixo Don Quixote , no andes yendo y viniendo de esa manera , que no acabarás de pasarlas en un año. ¿Quantas han pasado hasta ahora? dixo Sancho. Yo que diablos sé , respondió Don Quixote. He ahí lo que yo dixere , que tuviese buena cuenta : pues por Dios que se ha acabado el cuento , que no hay pasar adelante. ¿Como puede ser eso? respondió Don Quixote ¿tan de esencia de la historia es saber las cabras que han pasado por extenso , que si se yerra una del número no puedes seguir adelante con la historia? No señor , en ninguna manera , respondió Sancho , porque así como yo pregunté á vuestra merced que me dixese quantas cabras habian pasado , y me respondió que no sabia , en aquel mesmo instante se me fué á mí de la memoria quanto me quedaba por decir , y á fe , que era de mucha virtud y contento. ¿De modo , dixo Don Quixote , que ya la historia es acabada? Tan acabada es como mi madre , dixo Sancho. Dígote de verdad , respondió Don Quixote , que tú has contado una de las mas nuevas consejas , cuento , ó historia , que nadie pudo pensar en el mundo , y que tal modo de contarla , ni dexarla , jamas se podrá ver , ni habrá visto en toda la vida , aunque no esperaba yo otra cosa de tu buen discurso ; mas no me maravillo , pues quizá estos golpes , que no cesan , te deben de tener turbado el entendimiento. Todo puede ser , respondió Sancho , mas yo sé , que en lo de mi cuento no hay mas que decir,

que allí se acaba do comienza el yerro de la cuenta del pasage de las cabras. Acabe norabuena donde quisiere, dixo Don Quixote, y veamos si se puede mover Rocinante: tornóle á poner las piernas, y él tornó á dar saltos, y á estarse quedo, tanto estaba de bien atado. En esto parece ser, ó que el frio de la mañana que ya venia, ó que Sancho hubiese cenado algunas cosas lenitivas, ó que fuese cosa natural (que es lo que mas se debe creer) á él le vino en voluntad y deseo de hacer lo que otro no pudiera hacer por él; mas era tanto el miedo que habia entrado en su corazon, que no osaba apartarse un negro de uña de su amo: pues pensar de no hacer lo que tenia gana, tampoco era posible, y así lo que hizo por bien de paz fué soltar la mano derecha que tenia asida al arzon trasero, con la qual bonitamente y sin rumor alguno se soltó la lazada corrediza con que los calzones se sostenian sin ayuda de otra alguna, y en quitándosela, diéron luego abaxo, y se le quedáron como grillos: tras esto alzó la camisa lo mejor que pudo, y echó al ayre entrambas posaderas, que no eran muy pequeñas: hecho esto (que él pensó que era lo mas que tenia que hacer para salir de aquel terrible aprieto y angustia) le sobrevino otra mayor, que fué que le pareció que no podia mudarse sin hacer estrépito y ruido, y comenzó á apretar los dientes, y encoger los hombros, recogiendo en sí el aliento todo quanto podia: pero con todas estas diligencias fué tan desdichado, que al cabo al cabo vino á hacer un poco de ruido, bien diferente de aquel que á él le ponía tanto miedo. Oyólo Don Quixote y dixo ¿que rumor es ese, Sancho? No sé, señor, respondió él, alguna cosa nueva debe de ser, que las aventuras y desventuras nunca

comienzan por poco: tornó otra vez á probar ventura, y sucedióle tan bien, que sin mas ruido ni alboroto que el pasado, se halló libre de la carga que tanta pesadumbre le habia dado; mas como Don Quixote tenia el sentido del olfato tan vivo como el de los oidos, y Sancho estaba tan junto y cosido con él, que casi por linea recta subian los vapores hácia arriba, no se pudo escusar de que algunos no llegasen á sus narices, y apenas hubieron llegado, quando él fué al socorro apretándolas entre los dos dedos, y con tono algo gangoso dixo: paréceme, Sancho, que tienes mucho miedo. Sí tengo, respondió Sancho; mas en que lo echa de ver vuestra merced ahora mas que nunca? En que ahora mas que nunca hueles, y no á ámbar, respondió Don Quixote. Bien podrá ser, dixo Sancho, mas yo no tengo la culpa, sino vuestra merced que me trae á deshoras y por estos no acostumbrados pasos. Retírate tres ó quatro allá, amigo, dixo Don Quixote (todo esto, sin quitarse los dedos de las narices) y desde aquí adelante ten mas cuenta con tu persona, y con la que debes á la mia, que la mucha conversacion que tengo contigo ha engendrado este menosprecio. Apostaré, replicó Sancho, que piensa vuestra merced que yo he hecho de mi persona alguna cosa que no deba. Peor es meneallo, amigo Sancho, respondió Don Quixote. En estos coloquios y otros semejantes pasáron la noche amo y mozo; mas viendo Sancho, que á mas andar se venia la mañana, con mucho tiento desligó á Rocinante y se ató los calzones. Como Rocinante se vió libre, aunque él de suyo no era nada brioso, parece que se resintió, y comenzó á dar manotadas, porque corvetas, con perdon suyo, no las sabia ha-

cer : viendo pues Don Quixote que ya Rocinante se movia , lo tuvo á buena señal , y creyó que lo era de que acometiese aquella temerosa aventura. Acabó en esto de descubrirse el alba , y de parecer distintamente las cosas , y vió Don Quixote que estaba entre unos árboles altos , que eran castaños , que hacen la sombra muy oscura : sintió tambien que el golpear no cesaba , pero no vió quien lo podia causar , y así sin mas detenerse hizo sentir las espuelas á Rocinante , y tornando á despedirse de Sancho le mandó que allí le aguardase tres dias á lo mas largo , como ya otra vez se lo habia dicho , y que si al cabo dellos no hubiese vuelto , tuviese por cierto que Dios habia sido servido de que en aquella peligrosa aventura se le acabasen sus dias : tornóle á referir el recado y embaxada que habia de llevar de su parte á su señora Dulcinea , y que en lo que tocaba á la paga de sus servicios no tuviese pena , porque él habia dexado hecho su testamento ántes que saliera de su Lugar , donde se hallaria gratificado de todo lo tocante á su salario , rata por cantidad del tiempo que hubiese servido : pero que si Dios le sacaba de aquel peligro sano y salvo y sin cautela , se podia tener por muy mas que cierta la prometida Ínsula. De nuevo tornó á llorar Sancho , oyendo de nuevo las lastimeras razones de su buen señor , y se determinó de no dexarle hasta el último tránsito y fin de aquel negocio. Destas lágrimas y determinacion tan honrada de Sancho Panza saca el autor desta historia que debia de ser bien nacido , y por lo ménos christiano viejo : cuyo sentimiento enterneció algo á su amo ; pero no tanto que mostrase flaqueza alguna , ántes disimulando lo mejor que pudo , comenzó á caminar hácia la parte por

donde le pareció que el ruido del agua y del golpear venia. Seguiale Sancho á pie llevando , como tenia de costumbre , del cabestro á su jumento , perpetuo compañero de sus prósperas y adversas fortunas : y habiendo andado una buena pieza por entre aquellos castaños y árboles sombríos , diéron en un pradecillo que al pie de unas altas peñas se hacia , de las cuales se precipitaba un grandísimo golpe de agua : al pie de las peñas estaban unas casas mal hechas , que mas parecian ruinas de edificios que casas , de entre las cuales advirtiéron que salia el ruido y estruendo de aquel golpear que aun no cesaba. Alborotóse Rocinante con el estruendo del agua y de los golpes , y sosegándole Don Quixote , se fué llegando poco á poco á las casas , encomendándose de todo corazon á su señora , suplicándole que en aquella temerosa jornada y empresa le favoreciese , y de camino se encomendaba tambien á Dios que no le olvidase. No se le quitaba Sancho del lado , el qual alargaba quanto podia el cuello y la vista por entre las piernas de Rocinante por ver si veria ya lo que tan suspenso y medroso le tenia. Otros cien pasos serian los que anduviéron , quando al doblar de una punta pareció descubierta y patente la misma causa , sin que pudiese ser otra , de aquel horrisono y para ellos espantable ruido , que tan suspensos y medrosos toda la noche los habia tenido , y eran (si no lo has, ó lector , por pesadumbre y enojo) seis mazos de bantan , que con sus alternativos golpes aquel estruendo formaban. Quando Don Quixote vió lo que era , enmudeció y pasmóse de arriba abaxo. Miróle Sancho , y vió que tenia la cabeza inclinada sobre el pecho con muestras de estar corrido. Miró tambien Don Quixote á San-

cho, y vióle que tenia los carrillos hinchados, y la boca llena de risa con evidentes señales de querer reventar con ella, y no pudo su melancolía tanto con él, que á la vista de Sancho pudiese dexar de reirse: y como vió Sancho que su amo habia comenzado, soltó la presa de manera, que tuvo necesidad de apretarse las hijadas con los puños por no reventar⁴⁷ riendo. Quatro veces sosegó, y otras tantas volvió á su risa con el mismo ímpetu que primero, de lo qual ya se daba al diablo Don Quixote, y mas quando le oyó decir, como por modo de fisga: has de saber, ó Sancho amigo, que yo nací por querer del cielo en esta nuestra edad de hierro para resucitar en ella la dorada ó de oro: yo soy aquel para quien están guardados los peligros, las hazañas grandes, los valerosos fechos, y por aquí fué repitiendo todas ó las mas razones que Don Quixote dixo la vez primera que oyéron los temerosos golpes. Viendo pues Don Quixote que Sancho hacia burla dél, se corrió y enojó en tanta manera, que alzó el lanzon y le asentó dos palos, tales que si como los recibió en las espaldas los recibiera en la cabeza, quedara libre de pagarle el salario, si no fuera á sus herederos. Viendo Sancho que sacaba tan malas véras de sus burlas, con temor de que su amo no pasase adelante en ellas, con mucha humildad le dixo: sosiéguese vuestra merced, que por Dios que me burlo. Pues porque os burlais, no me burlo yo, respondió Don Quixote. Venid acá, señor alegre ¿paréceos á vos, que si como estos fuéron mazos de batan, fueran otra peligrosa aventura, no habia yo mostrado el ánimo que convenia para emprendella y acaballa? ¿Estoy yo obligado á dicha, siendo como soy

caballero , á conocer y distinguir los sones , y saber quales son de batan ó no? y mas que podria ser , como es verdad , que no los he visto en mi vida , como vos los habréis visto , como villano ruin que sois , criado y nacido entre ellos : sino haced vos que estos seis mazos se vuelvan en seis jayanes , y echádmelos á las barbas uno á uno , ó todos juntos , y quando yo no diere con todos patas arriba , haced de mí la burla que quisiéredes. No haya mas , señor mio , replicó Sancho , que yo confieso que he andado algo risueño en demasía ; pero dígame vuestra merced , ahora que estamos en paz , así Dios le saque de todas las aventuras que le sucedieren tan sano y salvo como le ha sacado desta ; no ha sido cosa de reír , y lo es de contar , el gran miedo que hemos tenido? aloménos el que yo tuve , que de vuestra merced ya yo sé que no le conoce , ni sabe que es temor ni espanto. No niego yo , respondió Don Quixote , que lo que nos ha sucedido no sea cosa digna de risa ; pero no es digna de contarse , que no son todas las personas tan discretas que sepan poner en su punto las cosas. Aloménos , respondió Sancho , supo vuestra merced poner en su punto el lanzon , apuntándome á la cabeza , y dándome en las espaldas : gracias á Dios , y á la diligencia que puse en ladearme ; pero vaya que todo saldrá en la colada , que yo he oido decir : ese te quiere bien que te hace llorar , y mas que suelen los principales señores tras una mala palabra que dicen á un criado darle luego unas calzas , aunque no sé lo que le suelen dar tras haberle dado de palos , si ya no es que los caballeros andantes dan tras palos Ínsulas , ó Reynos en tierra firme. Tal podria correr el dado , dixo Don Qui-